



# Editorial

Si hay un tema que se nombra de manera recurrente en los más distintos espacios es, sin duda alguna, el de las subjetividades. Pese a que lleva algunas décadas en la deliberación académica, también es cierto que todavía genera toda suerte de inquietudes, de ambigüedades o de malentendidos. En unos casos el término pareciera advertir una cierta claudicación de cualquier carácter relacional o social, quizá porque la subjetividad se asocia a la individualidad, cuando no a la personalidad. En otros casos la expresión pareciera representar una concesión al voluntarismo de la acción o al relativismo ético y moral. No obstante, estas dos percepciones no corresponden con los lugares epistémicos, teóricos y metodológicos ni tampoco con las apuestas éticas y políticas por las cuales han discurrido las reflexiones, los análisis y los estudios más representativos sobre las subjetividades.

Los abordajes de las subjetividades representan en principio un esfuerzo por hacerse a los complejos entramados sociales y a los anudamientos que provocan en ellos las relaciones de poder, para inscribir los dispositivos de subjetivación, es decir, las instancias de constitución del sujeto. No se trata de la reiteración de la imagen clásica de la socialización, tal cual fue propalada por tantos abordajes psicosociológicos. La subjetivación va más allá de la asignación de un lugar en el espacio social, de la imposición de una norma exterior y superior; la subjetivación está teñida de deseo, tamizada por el placer y trasciende por los cuerpos.

En este sentido, avanza, va más allá, en tanto recupera la amplitud del mundo como aura envolvente que hace y se hace en los sujetos y, en las filtraciones de esa aura por los cuerpos históricamente ubicados, socialmente posicionados. Además, propicia modelados distintos, formas variadas y heterogéneas de ser, estar y hacerse al mundo. Las subjetividades entonces son esos modelados que siendo producciones histórico-sociales, no hacen presencia en los cuerpos de los mismos modos ni con las mismas orientaciones.

De esto deriva que la subjetividad aparezca como una suerte de modelado sin forma alguna, con límites bastante borrosos, donde se juegan en las formas más fragmentarias y díscolas las proximidades entre el poder que pretende y el poder que es pretendido, la coacción y la desinhibición, la hegemonía y la resistencia. Y esta coexistencia próxima entre lo que restaura y lo que revoluciona ciertamente cuestiona algunas de las premisas convertidas casi en ontologías de la ciencia social, entre ellas, los habitáculos del poder y los albergues modestos de la opresión: la subjetividad confiere un lugar posible de contradicción y de ejercicio político para todo actor social. La cuestión, eso sí, sigue siendo cómo puede esta multiplicidad de lugares concurrir para que la especificidad de las subjetividades no agote la política en lo que tiene de colectivo, de pretensión de transformación y de utopía.

Precisamente, el presente número de la *Revista Esfera* le abre un espacio a algunos de los resultados obtenidos por las investigaciones de los estudiantes de la Maestría en Investigación Social Interdisciplinaria en este campo de las subjetividades.

Cada uno de estos artículos plantea unos lugares peculiares para abordar esta cuestión de las subjetividades y los problematiza a propósito de diferentes asuntos: de las infancias en medio de la colonización existencial de la red social *Facebook*; de los feminismos en la complejidad de América Latina; de la transgeneridad que cuestiona la apariencia en un mundo de apariencias; de los jóvenes raperos en medio de las heterotopías urbanas y de las corporalidades cultivadas en el saber y cultivadas para el saber. Estos trabajos son solo una muestra de una línea de investigación que, desde hace más de ocho años, avanza en este tema sustancial para la academia pero especialmente relevante para problematizar y posibilitar nuevas comprensiones de lo público y de lo político.